

Edwin Lugo

ENFERMERA DE NOCHE

Noveleta por una frase de René Avilés Fabila.

Para Fabricio Landeros –Lantos para sus lectores- todo estaba a punto de concluir.

Había sufrido dos infartos espaciados entre unos pocos meses, de los que había sobrevivido más que por su menguada fortaleza física por los cuidados de los médicos quienes habían empleado todos los recursos de la ciencia para prolongarle la vida. Una vida contrastante que se apagaba entre el triste murmullo de la senectud presidida por la miseria terrible de una insondable soledad, y los lejanos chispazos de la gloria ¡De su gloria de fecundo escritor! autor de inúmeros editoriales, artículos y novelas cuyo éxito lo rubricaban repetidas ediciones, muchas de ellas en varios idiomas siempre comentadas con prolijidad en los suplementos culturales de los diarios y los siempre regateados espacios de la televisión y de la radio; y que eran como el breve chispazo de la luz que relampaguea entre el juego de una pirotecnia coreadas de estruendos y de cuetes, para luego extinguirse en el páramo sin ternuras de su vida íntima donde la negación del amor se había reiterado en cada día. Y es que el amor –esa bella demencia- había estado siempre ausente de su existencia, como si el negro halo de la fatalidad hubiera tendido permanentemente sus alas, más negras que las de las mariposas nocturnas. Y en su solitario caserón de un escondido barrio de Tlalpan, presidido por una envejecida fuente y rodeado de los elevados ramajes de los árboles vetustos que ensombrecían la maleza de un jardín desordenado, el escritor por cuyo autógrafo se desvivían sus legiones de lectores, aguardaba el fin de su vida arruinada, una vida de esas que no dejan huella y que él había destinado al culto de dos deidades difíciles de contentar: la mujer y el arte, acaso por que sabía demasiado que sin pasión no hay obra artística, y que la pasión es el alma de todo lo que hacemos.

Hacía treinta años que se había casado con una mujer cuya familia pretendía ostentar una aristocracia caduca, inexistente, y un cierto abolengo social sostenido por una menguada economía. Realmente ella nunca le había amado, aunque casarse con un autor prestigioso, alimentó su vanidad algunos años, procreando en la unión dos hijos: Carlo y Paola, y terminando por abandonar el hogar por un tenista famoso, donjuanesco, vulgar, rico, y que vivía ahora en Suiza, Paris, o Nueva York . Por su parte Fabricio, al quedarse solo se había enamorado de una de esas deslumbradoras mujeres que dueñas de encantos y maestras de trinos cosechan admiración y aplausos en las noches de ópera de Bellas Artes, último reducto de la burguesía capitalina. Y Fabi, como le decían sus amigos, se empeñó en conseguir aquel amor, para desengañarse que era como pretender aprisionar el infinito .Roto de angustia aguardaba una llamada telefónica o la promesa de una cita que la diva cancelaba a última hora, pretextando un ensayo, una gira, pero en la que Fabi adivinaba que prevalecía el regateo para entregarle hasta el último minuto al amante joven y seductor que la atraía; y después de la zozobra de la inútil espera, volvía a perseguir el débil rayo de una esperanza, sumergiéndose de nuevo en el voluptuoso dolor de amar, aunque aquel amor estuviera signado, como son los amores de los viejos, por el imposible y la indiferencia que es peor que la antipatía o el odio mismo. Y Fabi, volvía a envolverse en el manto de su triste compañera: la tristeza, su tristeza de solitario, su tiempo muerto, como es el tiempo sin amor, y su ilusión ingenua que esperaba un cambio en aquella vanidosa mujer se desmoronaba, viendo como cada desdén, cada negativa aunque cortés, le reafirmaran el desamor y la indiferencia... Fabricio intentó tratar a otras mujeres pero le sobrevivieron primero el desencanto, luego el aburrimiento y más tarde el hastío, entonces empezó a frecuentar a la señora Teresa, “La Iluminada”: la médium, la maga, la vidente. la que veía transparentarse los cuerpos, las almas y el futuro, buscando su consejo.

-Somos tan indefensos frente a la fatalidad –se lamentó- que ya cuando nacemos estamos empezando a morir. Nuestra vida es una compulsiva carrera hacia la muerte, con el consiguiente desgaste corporal y la agotadora lucha por alcanzar la felicidad. Vivimos por el amor señora Tere, es la savia de la vida, sin el sólo hay muerte y soledad, y mi soledad es el presagio de la tumba donde habré de estar aún más solo, sin mis anhelos inconsumados, sin mis ilusiones rotas.

La señora Teresa lo oía, mientras barajaba las caras de la baraja española que luego esparcía sobre una mesa.

-Pero antes de concluir este ciclo –le profetizó- conocerás el amor.

-Pero... -Y los recuerdos quisieron hablar.

Paola se acercó a su padre y le puso un desabrido beso sobre los cabellos todavía castaños a sus setenta años.

-Papá, he estado muy preocupada por ti, pero ya lo sabes, nosotros no podemos cuidarte. Yo tengo que atender a mi marido y en cuanto a Carlo lo absorben el trabajo, Violeta y los hijos; y tampoco es posible que sigas en manos de este par de inservibles (se refería al jardinero y su mujer, que hacía las veces de cocinera y sirvienta) así que hemos decidido contratar a una enfermera para que te cuide sobre todo por la noche. ¡No sea que te vaya a repetir eso!

Fabricio no respondió, aceptando con su silencio la decisión de su hija.

-Acaso el dolor sea la savia que nutre el arte –le dijo a la señora Teresa, mientras observaba el cuadro con la foto de la diva- y me vaya sin haber sido realmente amado nunca.

-Nadie muere ni un minuto antes ni después del que le ha sido fijado por el destino.

-Dijo la vidente y le sonrió con ternura.

-2-

La ilusión nos inclina a vivir, la realidad se encarga de desencantarnos de la vida. Y la soledad y el silencio volvieron a instalarse, como pacíficas compañeras en aquella existencia plegada de naufragios sentimentales, sobreviviente de tragedias, y harta de desdenes que se consumían prematuramente. Al principio Fabi cuya devoción había convertido a la cantante en un ídolo, alentado por la predicción de su consejera que nunca fallaba en sus vaticinios, supuso que al final conseguiría conquistarla, o que tal vez los impredecibles altibajos del amante la acercarían a él, y hasta le pareció que se había vuelto más amable y solícita y cuando logró que aceptara un almuerzo en el lujoso restaurante de San Ángel, el enamorado canturreó tonadas, y se puso a escuchar los discos de su amada a todo volumen hasta altas horas de la noche; luego la dio por enviarle flores y sintiéndose con la salud recobrada le entregó personalmente preciosos bouquets en sus recitales.

Su médico le advirtió que debía cuidarse, pero desobedeciéndolo hasta se le vio en la recepción de alguna embajada bebiendo una copa y disfrutando un manjar; concedió a la televisión entrevistas y se propuso ser galante con cuanta mujer se cruzó en su camino, luego, cuando cansado de aquel peligroso ir y venir sin tono ni ganas, desengañado de lo falso y ficticio de sus esperanzas iba accediendo gradualmente a su suerte y volvió a aceptar que el amor le había sido negado como a otros les es negado el dinero, la salud, un físico agradable o una vida larga, concluyó por admitir que la señora Teresa le había dado aquella falsa esperanza por conmiseración. Y navegando en el proceloso mar de su infortunio, mientras la tarde blonda iba huyendo, el dorado paisaje otoñal oscurecía y la luz jugaba en las laderas, matizando y multiplicando los verdes de la cordillera del Ajusco, el solitario volvía a recluirse entre sus libros cuya lectura interrumpía para detenerse en las fotos y programas de la soprano, o acaso en los recuerdos que le dejaron sus numerosos viajes por todos los rincones del mundo, o las referencias a los éxitos de las presentaciones de sus libros y conferencias sustentadas en las universidades extranjeras o instituciones de cultura.

En esas noches salía al jardín aspirando el relente helado, como el vaho del abismo que le aguardaba, mientras cundía la bruma y la anémica luz avergonzada de la luna se asomaba indecisa. Luego, fatigado por la velada el hombre se dejaba caer en el sofá de su biblioteca hasta que el jardín se llenaba de murmullos, de pájaros que piaban y aleteaban confesándose emplumados secretos y hasta la fuente salpicada de musgos musicaba el frescor de las aguas esparciéndolas en derredor. Entonces aparecía el sol iluminando la sinuosa cordillera más azul cuanto más lejana y que a esa hora parecía unirse con las nubes. Y volvía a deambular entre aquella vasta tristeza como un navegante embarcado sobre una barca que flotara en un inmenso océano sin horizonte.

-Es la señorita enfermera –anunció Griselda- haciendo pasar a una hermosa joven de ojos y cabellos color de miel.

El novelista que rehusaba tenazmente el lecho, estaba tirado sobre el sofá en el semi oscurecido recinto de su biblioteca amueblada con austeros libreros de color nogal; se levantó al instante avergonzado de que la recién llegada lo encontraría: viejo, enfermo, fatigado por el menor esfuerzo, respirando jadeante, tal si el llevar aire a los pulmones lo agotara. Sin embargo al contemplar aquella figura blanca, con la cofia y el uniforme pulcramente almidonados, los zapatos bajos impecables y aquella ingenua belleza de arcángel, lo hizo exclamar al momento:

-Pase por favor señorita. Tenga la bondad de sentarse y disculpe que me haya encontrado así –y agregó- como suele hallarse un enfermo.

-Me llamo Mireya –dijo ella adelantándose- mientras extendía su mano tan blanca como una camelia.

La luz del atardecer penetró a través del vitral, sumiendo la estancia bajo una magia de color e iluminó aquel rostro de cuya hermosura parecía emanar un fluido, mientras que sus labios donde se alojaba perpetuamente una sonrisa, semejabán un haz de pétalos que se desgajaban.

-Estaba descansando un poco. –Insistió Fabi

-Lamento haberlo interrumpido. –se disculpó ella, mientras se teñían sus mejillas de ese flameo que anuncian el optimismo y los enormes deseos de vivir.

-He venido, -aclaró- si usted me lo permite, a acompañarlo. La señora Paula me ha encargado que lo cuide sobre todo por las noches por si se llegara a presentar algún trastorno.

Cuando hablaba era como si cantase, su voz contenía matices y sonoridades exquisitas, su boca que era como una copa magnífica de la que se pudiera libar el vino más embriagador, se abría con tal gracia y encanto que desparramándose en toda su persona la hacía aparecer tal si fuese el hada de la ventura o de la confianza, llegada de un confin donde coexistieran el dolor, la enfermedad, las lágrimas, o la muerte.

Fabi quedó como hebetado contemplándola y clavando sus ojos en aquel cuerpecito que era cual una flor de alabastro exclamó:

-Su belleza me hizo evocar a Boticelli.

-¿Mi belleza? ¡Por Dios Maestro! ¡Qué amable es usted! No cabe duda de que es un poeta, un extraordinario poeta.

-Luego ¿Sabe usted quién soy?

-¿Y cómo no habría de saberlo? Si he leído todos sus libros, sus novelas ...

-Un novelista es sólo un mentiroso que relata cosas que nunca sucedieron.

-Pero que son tan bellas; y además usted describe a sus personajes como si pudieran verse y hasta tocarse.

Fabi se rió halagado y su risa se oyó en la solitaria mansión donde agonizaban las postreras cenizas de su juventud cual un eco extraño, mientras aquellos ojos que tenían grabado el oro sereno de las tardes otoñales le seguían mirando atentamente y sonriéndole con persistencia.

-¿Así que le agrada a usted leer?

-Si. Y además lo hago para evitar dormirme mientras cuido por las noches a mis pacientes, pendiente de administrarles sus medicinas. –y tomando un maletín negro sacó un estetoscopio y un aparato para tomar la presión- ahora vamos a ver como anda esa presión ...

Fabi se rebeló de ser tratado como si fuera un niño, pero se resignó admitiendo que era un enfermo, un ser humano a merced de los demás, de aquella joven encantadora a quién le hubiera gustado tener juventud y fuerzas para adorar; pero a la que en cambio debía someterse y se dejó tomar la presión, y hasta se desprendió de la camisa del pijama para que ella escuchara los latidos irregulares de su corazón enfermo. Luego se estremeció de la caricia de aquellas manos, tibias, suaves, como plumaje de palomas. Mireya consultó las instrucciones y recetas del doctor Francisco Magdaleno y sacó una jeringa del maletín, llenándola con un líquido ambarino.

-Y ahora un piquetito que no dolerá mucho –dijo, mientras buscaba las vena en el brazo del enfermo- tenemos que ser valientes ¿Verdad, señor escritor?

Fabi se dejó inyectar para el fin desvanecerse a los pocos minutos.

-Cuando dormimos renunciamos al alma y nos convertimos solamente en un cuerpo – murmuró soñoliento- un cuerpo que quiere luchar por librarse del sueño.

-Pero dormir le hará bien. Descansará y mañana cuando despierte habrá de sentirse mucho más animado.

-Pero yo no quisiera dormir ahora –protestó él, mientras la miraba detenidamente- ahora que usted ha venido y hasta podríamos conversar. Cuando despierte usted se habrá ido por la mañana ¿No es así?

Y lo dijo con tal pesar que Mireya al escuchar la súplica muda de aquel hombre que había admirado siempre añadió sonriente:

-Soy su enfermera de noche, pero si me necesita procuraré estar aquí cuando despierte.

-4-

Su rostro despuntó muchas mañanas entre el impreciso ópalo del sueño. Su sonrisa que era cual una caricia cálida, o el tibio rayo de un astro magnífico, lo inducía a volar con las alas del espíritu a confines tan lejanos como inaccesibles. Entonces Mireya le ofrecía su mejilla al beso, otras veces Fabi le hacía levantar el mentón con una caricia suave y delicada, para extasiarse en sus ojos dorados.

Apenas despertaba su pudor de caballero le hacía ir rápido a la regadera, luego se rasuraba con pulcritud y se presentaba ante ella con una elegante ropa sport o vestido con un traje formal, camisa, calcetines y corbata del color.

Mireya también lucía fresca y entre risas ayudaba a Griselda a preparar el desayuno que ambas conducían hasta la terraza que ahora lucía limpia y acogedora frente al jardín. Fabi encantado se olvidaba hasta de que sus alimentos sin sal resultaran siempre insípidos y embriagado por aquel sortilegio maravilloso se entregaba feliz a la sabrosa charla con su amable cuidadora que solía prolongarse muchas horas. ¿Cómo no seducirse con aquel olor de mujer, más caro que todos los aromas de la tierra? ¿Cómo no extasiarse con aquella voz, que era la orquestación de las músicas más sublimes, cual un concertante de estrellas donde cada nota poseía una luz radiante? ¿Cómo no subyugarse por las líneas de aquel cuerpecito envuelto delicadamente en el estuche de la bata donde el misterio se volvía delirio? ¿Cómo no venerar sus manos, sus manos bienhechoras, contemplando absorto la estética de los dedos, la delicada blancura rosada de las palmas, la terminación de las uñas cuajadas de opacidades alabastrinas? Cuando la miraba le parecía que era a ella a quién cantaban los pájaros, por quién brotaban las rosas, por quién se abrían los cálices coronados de pétalos ¡Oh locura del amor empeñado en ver visiones! ¡Cuántas horas le debió a su piedad, y cómo prolongó su vida merced a sus cuidados! ¡Cuántas confidencias le hizo en las tardes friolentas en que paseaban por el jardín tomados de la mano, mientras los pies de ambos hacían crujir las hojas secas desprendidas por la proximidad del invierno! ¡Y ella a su vez cuántos pensamientos de mujercita ingenua no depositó en su oído! No. No tenía novio. ¡Nunca había amado! Su vida, su vocación, su quehacer, habían sido cuidar enfermos, sanar dolencias, acompañar solitarios, consolar tristezas. ¡Leer libros y sobre todo los libros de él, que conocía de memoria, los libros que la habían hecho soñar y hasta derramar lágrimas muchas veces! Y cuando cansados se refugiaban en la biblioteca con la chimenea encendida y la tetera humeante, ella le recitaba algún poema suyo que terminaba diciéndolo con voz temblorosa, mientras se asomaban las lágrimas tras el dorado enrejado de las pestañas. Y Fabi se conmovía repitiéndole que sólo conocemos a quién ha llorado frente a nosotros. Y en el apacible flotar de aquel mar tranquilo las heridas del alma iban cicatrizando, los dolores del cuerpo huían y él sentía renacer en cada célula la vida, aquella vida que sólo hacía unas semanas era una carga, y aún en el invierno, el sol opaco y quemante se le hacía tierno, el frío agradable, y el jardín medio seco le pareció un rincón del paraíso, de un paraíso desconocido donde se había instalado la inequívoca prueba de la divina misericordia.

Y el deseo hizo revivir aquel cuerpo agotado que recibía el efluvio de inesperadas energías, el cándido ofrendario de un amor sin mácula, cómo un incienso a los pies de una diosa, y las frases de amor más elocuentes que las vertidas en sus libros poblaron los oídos de Mireya, con una música inaudible para todos pero destinada sólo para ella. Y él le entregó sus versos, acaso los mejores que había escrito en toda su vida. Y en ellos le confesó a la exclusiva diletante cuanto la amaba, cuanto la había esperado y cómo disfrutaba su compañía, cuanto bien le habían hecho aquellas horas, sin duda las mejores de su existencia, superiores a cuanto había vivido, a las mujeres gozadas, a los viajes por países exóticos, a los homenajes recibidos. Mireya se quedaba absorta escuchándolo, con la mirada aparentemente perdida en las lejanías.

Y el amor fue como una anticipada revelación de la eternidad. El ansia del beso femenino preluvió la impar caricia de la entrega turbando la quietud de la joven, que cómo el agua estancada de un jagüey de pronto se removía.. Un último cuidado la detuvo. Entregarse a aquel hombre enfermo podía significar su muerte y la perdición de ella faltando a la ética profesional, corriendo además el riesgo de un hijo indeseado o su futuro amenazado por las consecuencias de una pasión sin porvenir. Pero la razón no pudo contenerlos. Una noche, en que la lluvia afuera, se diría que más que mojar acariciaba la tierra, Fabrizio desgajó sus cabellos, besó su nuca, sus oídos, su frente, sus mejillas, la deliciosa curvatura del cuello y sólo cuando hubo cumplido aquel ritual ¡Apasionada devoción a su ídolo de carne! Besó sus labios; y ella no se resistió y se dejó desnudar, lentamente, dulcemente, mirando sorprendida, como su adorador besaba cada una de sus prendas y luego con devoción cada milímetro de aquel cuerpo dulce para poseerla al final con el delirante ardor de un joven. En tanto que ella dejando que la amara con los ojos entrecerrados reprimía a duras penas los gemidos del orgasmo.

Luego exhaustos, desnudos, uno al lado del otro aguardaron silenciosos. Al amanecer una alondra empezó a piar despertada por el aún lejano resplandor auroral, las estrellas reacias a desaparecer eran en esa hora opalina minúsculos cocuyos en la episcopal comba del cielo confundido en el azul del valle. Mireya se levantó buscó sus prendas dispersas y medio vestida se fue a descorrer las cortinas, buscando que la luz matinal entrara a raudales cual un torrente de vida. Fabi aún medio despierto la vio quedarse junto a las cortinas cual una mariposa que repliega sus alas, y observándola sintió de pronto un ligero hormigueo en el labio superior, seguido de un ligero malestar en el pecho y mientras dejaba escapar un suspiro desfalleciente expiró, con la dulce imagen de aquellos ojos color de miel mirándole amorosamente..

La friolenta mañana se vistió de gasa plateada. Los bandajos metálicos proclamaron la sonrisa de Dios que se volvía abrir a los hombres. Mireya le dio su último beso y se apresuró a llamar a los familiares y al doctor Magdaleno, luego aprontó sus instrumentos en el maletín.

Horas más tarde los hijos y familiares más interesados en el testamento que en el desenlace acudieron. Paola se hizo cargo de los trámites, y las autoridades y la prensa se aprestaron a hacer guardias en la elegante funeraria donde se velaban los restos afirmando, que había sido una legítima gloria nacional. La ex esposa y su amante se aprontaron a venir a México a indagar cuanto les tocaría. La soprano ataviada con un elegante traje negro se presentó portando gafas oscuras. Una guardia sucedió a otra. y Mireya sólo pudo acercarse al ataúd cuando ya estaba apuntando el alba. Se cubría con su capa azul de enfermera sobre el vestido blanco, tan blanco como su inocencia, llevando en su mano derecha una rosa que dejó a los pies del cadáver. No lloraba. Sabía que su amor había sido el único acontecimiento verdaderamente feliz en la existencia de Fabricio Lantos y que al fin reconciliado con la vida, había partido seguramente satisfecho para su último viaje, mientras desde un rincón la señora Teresa, “La Iluminada” rezaba la única oración que Jesús nos enseñó: ¡Hágase Señor Tu voluntad!